

¿Dónde cayó la cabeza del hacha?

A primera vista, esta pregunta podría no considerarse una de las más importantes jamás formuladas ni tener ninguna importancia o implicaciones para tu vida. Pero al terminar, quizás veas algunas cosas extremadamente importantes en tu caminar con Dios.

Eliseo es el gran profeta de Israel, sucesor de su mentor, Elías. Eliseo ha fundado una escuela para futuros profetas. Esta ha crecido tanto que sus instalaciones actuales se han quedado pequeñas. Por ello, se mudaron a un nuevo sitio y comenzaron a desbrozar el terreno para las nuevas instalaciones.

La compañía de los profetas le dijo a Eliseo: «Mira, el lugar donde nos reunimos contigo es demasiado pequeño para nosotros. Vayamos al Jordán, donde cada uno pueda conseguir un poste; y construyamos allí un lugar donde podamos vivir». Y él dijo: «Vayan». Entonces uno de ellos dijo: «¿No quieres venir con tus siervos, por favor?». «Sí», respondió Eliseo. Y fue con ellos. Fueron al Jordán y comenzaron a talar árboles. Mientras uno de ellos talaba un árbol, el hierro del hacha cayó al agua. «¡Ay, señor mío!», gritó, «¡es prestado!». El hombre de Dios preguntó: «¿Dónde cayó?». Cuando le mostró el lugar, Eliseo cortó un palo y lo arrojó allí, haciendo flotar el hierro. «Sácalo», dijo. Entonces el hombre extendió la mano y lo tomó. (2 Reyes 6:1-6)

La mayoría de nosotros no hemos pasado mucho tiempo como leñadores, pero pueden imaginarse la escena. La mayoría de los hombres han manejado un hacha alguna vez y saben que la fuerza centrípeta al blandirla una y otra vez acaba aflojando el filo. Así que, cuando este joven leñador seminarista comenzó a blandirla, de un solo golpe, el filo del hacha se aflojó tanto que salió volando del mango y cayó al río. Es una historia sencilla, y en ella el profeta hizo una pregunta muy

sencilla. En el versículo seis, pregunta: "¿Dónde cayó el filo del hacha?".

De esa pregunta, quiero hacer una aplicación espiritual. Se puede aprender mucho más que el hecho de que un día, hace mucho tiempo, hizo flotar un trozo de hierro. El Dios que creó un billón de galaxias y puso todo sobre la faz de la tierra, que vino a esta tierra en la forma de su Hijo, que sanó a los enfermos y leprosos, que hizo caminar a los cojos, el Dios que regresará y fundirá toda la creación en un fuego ardiente, no necesitó esforzarse para mostrarme que un trozo de hierro de dos kilos podía flotar. No, creo que esta cabeza de hacha representa algo.

El hacha representa el PODER QUE DIOS QUIERE CANALIZAR A TRAVÉS DE TU VIDA. En otras palabras, el hacha representa las herramientas que Dios pone en tus manos para realizar eficazmente su obra. Este joven leñador seminarista, al igual que el cristiano de hoy, aplicaba su presencia y esfuerzo a hacer algo valioso para Dios. Pero descubrió que sin un hacha, la presencia y el esfuerzo no eran suficientes. No se talan árboles sin que la hacha esté en su lugar y afilada. Creo que esta lección les llegará a muchos hoy.

El hecho mismo de que estés leyendo esta lección indica dónde están tu interés y tus esfuerzos. Pero ¿cuántos árboles estás talando para Dios? ¿Cuán productivo eres en tu vida cristiana? ¿Cuán satisfecho estás ahora mismo con el fruto de tu trabajo? Observa a muchos cristianos como este joven estudiante. Han perdido el filo del hacha. Ya no son lo que podrían ser. Ya no son lo que deberían ser. En muchos casos, ni siquiera son lo que solían ser. Se ha invertido mucho esfuerzo, pero se recibe tan poco fruto. Oh, todavía hacen lo que hacen por inercia, todavía se balancean y balancean y se codean con verdaderos leñadores. Hablan de los días en que los árboles solían caer. Eso era algo, pero ya no caen muchos árboles para

ellos. Sin fruto, sin poder, sin alegría, han perdido el filo del hacha.

Me recuerda una historia que escuché sobre un joven leñador que entró en un campamento como novato. El primer día, salió preparado, listo y con muchas ganas. Estuvo todo el día entusiasmado en el gran noroeste y al final había talado 20 árboles enormes. Al regresar al campamento, alrededor de la fogata, presumía de lo bien que lo había hecho. Uno de los leñadores veteranos lo abrazó y le dijo: "Sabes, creo que 20 árboles podrían ser un récord para un novato en su primer día". Continuó: "Los mejores de aquí talan 30 árboles al día. Si sigues así, creo que en poco tiempo lo lograrás". Al día siguiente, ese leñador novato, ansioso por impresionar, se levantó 15 minutos antes, le quitó 15 minutos de su hora de almuerzo, golpeó, martilló y serró. Finalmente, al final del día, solo había talado 18 árboles. Estaba bastante deprimido. Dijo: "Mañana me levantaré 30 minutos antes, trabajaré hasta la hora del almuerzo". Al tercer día, solo habían caído 16 árboles. Al final de la semana, solo le quedaban una docena. Tragándose el orgullo, se dirigió al campamento con aire deprimido y habló con aquel leñador veterano: "No entiendo". "Cuanto más me esfuerzo, más me estorbo", añadió. El leñador veterano preguntó: "¿Te has tomado el tiempo de afilar el hacha?". El joven levantó la vista, puso los ojos en blanco, suspiró y dijo: "No. No me tomé el tiempo de afilar el hacha porque tenía mucho que hacer".

Amigos, creo que si Dios se inclinara ahora mismo y susurrara algo a muchos de nosotros, algo que susurraría a los oídos de predicadores, ancianos, diáconos, maestros de institutos bíblicos, consejeros y obreros del ministerio, susurraría: "¿Te has tomado el tiempo de afilar el hacha?". Incluso podría preguntar: "¿Te has tomado el tiempo de ver si sigue en su lugar?". ¿Seguimos dándole vueltas y vueltas, preguntándonos por qué no llegamos a ninguna parte?

Fíjate, si hemos perdido el filo del hacha o si el hacha se ha desafilado, nuestro trabajo se vuelve muy difícil porque no está diseñado para ser así. Si has perdido el filo del hacha, el gozo de ser fructífero para Dios disminuye. Tu vida de oración se estanca. El celo, la sinceridad se desvanecen. El gozo de estar en Cristo, que se supone que es como una fuente que brota de nuestro interior, simplemente se seca. No vemos fruto.

Pensé en otra historia que leí hace tiempo en una universidad del noroeste. También involucraba leñadores; era un estudio sobre la motivación. El departamento de psicología reunió a dos grupos de leñadores. A un grupo le pagaron el mismo precio que habían estado ganando, el mismo salario, para que simplemente hicieran lo que siempre habían hecho: talar árboles. Al segundo grupo le dijeron: «Queremos que usen el hacha plana, la roma, pero les pagaremos el doble de su salario habitual. Solo queremos que la golpeen contra el árbol, que sigan adelante. Háganlo todo el tiempo que quieran; les pagaremos el doble». El grupo de prueba que usó la roma abandonó el trabajo en medio día. Mientras el último leñador de ese grupo se marchaba, meneaba la cabeza. En su entrevista de salida, dijo: «Con o sin dinero, esto no es divertido. Cuando blando el hacha, tengo que ver volar las astillas». Muchos nos cansamos, nos agotamos, nos agotamos e incluso nos aburrimos porque estamos blandiendo el hacha, pero no vemos volar las fichas. No hay fruto, no hay resultados, no hay alegría.

Algunas observaciones sencillas de la historia de la cabeza del hacha

1. La cabeza del hacha fue prestada.

No era propiedad de quien la usaba. "Mientras uno de ellos cortaba un árbol, el hierro del hacha cayó al agua: '¡Ay, señor mío!', exclamó, '¡era prestada!'" (2 Reyes 6:5). Lo que

necesitamos entender es que nuestro hacha espiritual, ese filo que Dios quiere que tengamos, es el poder que tenemos para ministrar con alegría a otros, el poder que tendremos para enseñar a otros a compartir nuestra fe con Cristo, el poder que Dios nos dará para vencer la tentación y el poder que tendremos para guiar a nuestras familias por un camino recto. No es un poder personal. Es un poder dado por Dios. Es prestado en cierto sentido. Este poder no se desarrolla psicológicamente ni se construye con la propia fuerza de voluntad. Es un poder divino que proviene de Jesucristo y su Espíritu que vive en nosotros. Es un don de Dios. No es tu poder ni el mío, es el poder de Dios.

Algunos judíos habían regresado a Israel del cautiverio babilónico con el deseo de reconstruir su templo. Como muchos de nosotros, comenzaron, pusieron los cimientos y luego se cansaron. Perdieron el filo del hacha. Durante 16 años, no se movió piedra por piedra mientras dejaban los cimientos en su lugar. Zacarías fue un profeta enviado de regreso cuando los judíos fueron liberados del cautiverio babilónico. Dijo: «No podemos quedarnos con los cimientos; comencemos a construir el templo». El pueblo se desanimó y dijo: «Fue un trabajo duro solo hacer los cimientos. No creemos que podamos construir todo el templo». Dios le dijo a Zacarías: «Entonces Dios me dijo... 'No con ejército ni con fuerza, sino con mi Espíritu', dice el Señor Todopoderoso» (Zacarías 4:6). Dios le dijo a Zacarías: «Tus brazos no son lo suficientemente fuertes, tu mente no es lo suficientemente inteligente, tu corazón no es lo suficientemente valiente y tus planes no son lo suficientemente buenos. Si el templo alguna vez se reconstruye, será porque mi Espíritu lo hace posible».

El Espíritu de Dios es el filo afilado del hacha. Esa es la diferencia. El poder que tienes para resistir la tentación, compartir tu fe o influir en tu familia para Cristo, no es un poder creado por tu propia energía, es el don que recibes al

venir a Cristo. Es un poder prestado. No te atrevas a perderlo de vista, ignorarlo o perderlo. Si lo perdemos intentando conquistar este mundo sin el poder de Dios a través de su Espíritu Santo, es como intentar talar una gran secuoya golpeándola con el mango del hacha. No llegarás a ninguna parte rápidamente. Es un poder prestado.

2. *Se perdió la cabeza del hacha.*

Mientras trabajaba, el hacha se desprendió del mango y cayó al agua. Se perdió. ¿Dónde perdemos nuestras hachas espirituales en nuestro caminar con Dios? ¿Alguien la ha perdido alguna vez en las aguas de la mundanalidad? ¿Alguien la ha blandido en los ríos del ritual? ¿Alguien ha perdido su hacha en el arroyo de la crítica? ¿Se fue volando al estanque de la falta de oración o a la corriente del secularismo? ¿Está su hacha en el pantano de la autocomplacencia? Puede ir a cualquier lugar. Pero si la hemos perdido, ¿qué vamos a hacer al respecto? No hay nada más triste que perder el poder que Dios quiere que tenga su siervo. El hacha se perdió.

3. *Había preocupación por su pérdida.*

En cuanto se dio cuenta de que había desaparecido, el ayudante de Eliseo exclamó: "¡Ay, señor mío!". Estaba angustiado. Me atrevo a decir que todos, en nuestra relación con Dios, hemos tenido que buscar el hacha en algún momento. Hay momentos en que debemos detenernos y reconsiderar nuestras prioridades. Cuando nos damos cuenta de que falta algo, debemos arrepentirnos y empezar de nuevo. Si nunca lo has hecho, te sugiero que empieces a buscarla, porque la has perdido sin saberlo. Verás, hay preocupación cuando se pierde. Me emociona que este hombre estuviera tan perturbado por haberla perdido.

Con demasiada frecuencia, pasamos por rituales religiosos, realizamos actividades, decimos lo correcto, actuamos

correctamente, lo tenemos todo tan controlado que ni siquiera nos damos cuenta de que hemos perdido el control. No esperamos nada grande de Dios ni le pedimos nada grande. Si lo más importante que le pedimos a Dios es que bendiga nuestras comidas, es posible que, por la vida, perdamos ese poder sin darnos cuenta.

Lo que se hace por Dios no es tan importante como lo que Dios hace a través de nosotros. Creo que muchas veces no entendemos eso. Todos queremos hacer algo por Dios, pero eso no es tan importante como lo que Dios hace. Muchas veces sustituimos la actividad por la productividad. Decimos: "Bueno, he hecho esto por Dios, he hecho aquello por Dios o he ido allá por Dios". Necesitamos detenernos y preguntarnos: "¿Lo he hecho en y con el poder de Dios?".

La actividad no siempre es productividad. Nos mantenemos ocupados haciendo cosas, cosas para la iglesia y cosas para los demás. Pero también necesitamos detenernos y preguntarnos: "¿Estoy haciendo cosas para Dios o Dios está haciendo cosas a través de mí?". Lo primero es bueno, pero lo segundo es mucho mejor. Lo primero, hacer cosas para Dios, genera actividad. Pero lo segundo, permite que Dios genere productividad. La productividad ocurre cuando el hacha está en su lugar y afilada. No quiero orar: "Dios, bendice lo que estoy haciendo". Quiero orar: "Dios, muéstrame lo que estás haciendo y asegúrate de que esté en esa bendición".

4. La cabeza del hacha fue encontrada donde se había perdido.

Cuando el ayudante dijo: «Señor, perdí el hacha y es prestada», el hombre de Dios (Eliseo) preguntó: «¿Dónde cayó?». Cuando le mostró el lugar, Eliseo cortó un palo, lo arrojó allí y el hierro flotó. Amigos, sé que es simple, pero miren esto. El hacha se encontró justo donde se perdió. Espiritualmente, así es nuestro caminar con Dios. Si perdiste tu

hacha espiritual esta mañana, la encontrarás en el mismo lugar donde la perdiste.

¿Recuerdan la parábola del hijo pródigo? ¿Adónde fue el muchacho para encontrar el hacha? Regresó justo donde la dejó. La dejó en casa al salir y partir a un país lejano. Cuando volvió en sí, regresó a casa y allí estaba. ¿Saben adónde deben ir algunos para encontrar su hacha? Algunos necesitan sacar su Biblia polvorienta del estante y leerla. Algunos necesitan ir a ese lugar tranquilo que tuvieron una vez. Necesitan arrodillarse y orar de nuevo porque ha pasado mucho tiempo. Ahí es donde dejaron su hacha. Algunos necesitan regresar con su cónyuge.

Mateo 18 dice: «A veces, dejamos nuestra hacha con otro hermano». No tiene que ser en tu familia inmediata. Reconciliate con un hermano antes de adorar. ¿Por qué? Porque hasta que lo hagas, has perdido tu hacha. Has perdido tu fuente de poder espiritual. Algunos simplemente necesitamos humillarnos ante Dios, el Padre, porque nuestro orgullo obstinado ha minado nuestro poder espiritual. «¿Dónde lo perdiste?» Ahí es donde lo encontrarás.

No sé dónde dejaste tu hacha, pero sabes dónde estaba. Ve allí, ahí la encontrarás.

5. El que lo perdió tuvo que ser el que lo recuperara. Después de que flotaba, Eliseo miró al hombre y le dijo: «Sácalo». Entonces el hombre extendió la mano y lo tomó. Tú dices: «¿Qué significa eso?». Eres responsable de tu hacha. Nadie puede eximirte de eso.

Verán, el profeta dijo: "Entra en el agua y recógela tú mismo". La buena noticia es que, si tomas esa decisión, eso es exactamente lo que puedes hacer. Para mí, uno de los conceptos más asombrosos de toda la Escritura es que Dios

nos da el poder de elegir. Dios ha elegido usar solo seres humanos para cumplir su voluntad en su mayor parte. Increíblemente, nos da el poder de elegir para determinar cuánto poder suyo se canalizará a través de nosotros. Sin embargo, con un solo pensamiento, palabra o decisión, determinamos si algún poder pasará a través de nosotros. Mientras decidas dejar el hacha en el agua, allí se quedará. Si decides recogerla, Dios puede bendecir tu vida de una manera poderosa. Amazing Grace #1274 Steve Flatt, 28 de julio de 1996